

**EL
PRINCIPIO
OSCURO**
ROY BERO CAY

loqueleg

Era como dar un paso y entrar en una dimensión paralela hecha solo de oscuridad.

7

De pie, con una sensación de opresión en el pecho y el estómago, Giorgio respiraba hondo. No creía que esa vez finalmente sucediera. Pero tenía que seguir intentándolo. Sentía que su vida, su futuro, sus posibilidades de redención, todo dependía de ello. No era la primera vez que lo hacía. De hecho, meses atrás, cuando todo comenzó, había llegado varias veces hasta ahí, hasta la entrada misma del cementerio y cada vez, por temor o falta de valor o por ambas cosas, sus pies, cobardes ellos, habían retrocedido incluso antes de que se decidiera a huir. Luego, de nuevo envalentonado por la ilusión de lograrlo, lo había vuelto a intentar durante varias noches, pero acompañado. Tampoco entonces lo había logrado. Horas y horas ahí, inmerso en esa oscuridad que lo cubría todo como un derrame de petróleo sobre un vidrio, para luego regresar a su casa, otra vez frustrado.

Pero no esa noche. Estaba decidido. Lo haría de nuevo y, esta vez, iría solo. Total ¿qué podía pasar? ¿Una frustración

más en su larga carrera de derrotas? No, sería solo otra postergación, como cuando le cancelaban alguna actuación por mal tiempo. A veces se sentía un poco ridículo o engañado. Entonces volvía a afirmarse en aquellas palabras que lo condujeron hasta ese lugar. Que lo llamaron y se lo prometieron. Sabía que no era mentira. Estaba seguro, lo sentía en sus entrañas. Era cierto, cierto, cierto. Sucedería tarde o temprano. No debía rendirse. Se pasó una mano por la frente y acomodó su infaltable gorra con visera. Era lo único que le quedaba por hacer, el último escalón.

Año tras año había investigado, estudiado a los maestros. Se sabía cada pequeño detalle, cada nota, cada estiramiento de las cuerdas. Cada deslizamiento del tubo de vidrio, imitación de los antiguos cuellos de botella con los que tocaban los antiguos.

Sus alumnos lo miraban maravillado, como si al verlo fueran transportados en el tiempo hacia algún lejano pantano del delta del Mississippi, allá, miles de kilómetros al norte. Sus dedos de pronto se volvían negros, como si tuvieran alma propia. Caminaban sobre el brazo de la guitarra como una araña inverosímil que se alimentaba de sonidos.

El blues, ah, el blues. Cuando tocaba, su cara se transformaba, los ojos apenas rendijas, la boca ladeada y esa sensación que lo envolvía, esa música que exorcizaba todas las tristezas del mundo y lo devolvía luego a la realidad, una vez que la alumna o alumno se iban; a esa realidad en la que de nuevo estaba completamente solo.

Solo, con las botellas en la mesa, el plato con restos de fideos. El vaso medio lleno o medio vacío, según el estado de ánimo del día.

Pero tenía que haber otra forma, otro camino. El mismo camino que habían elegido algunos de los originarios. Aquellos que habían logrado convertir sus dedos torpes en genios mágicos, en creadores de maravillas.

Había leído libros, buceado en incontables páginas de internet, y todo conducía a lo mismo.

La cuestión era animarse.

9

Por eso seguía ahí en esa noche sin luna, bajo el cielo de tinta china, mirando hacia la oscuridad que se desplegaba frente a él.

Respiró hondo, miró hacia atrás como para asegurarse de que la realidad seguía ahí. El camino de tosca, apenas entrevisto entre los yuyos bajo la luz amarillenta de un farol desganado.

Empujó el portón de hierro oxidado que chirrió su protesta.

Caminó por el sendero, pasando frente a lápidas de desconocidos y alguna estatua convertida en una sombra acechante. Un recorrido que ya le resultaba familiar. El aire de pronto más frío. Apretó el mango del estuche que llevaba con la mano derecha. El cuero gastado y reseco, tan familiar.

Podía escuchar sus latidos en compases de cuatro por cuatro, cuatro por cuatro, cuatro por cuatro. Habría sido capaz de tocar encima de ese ritmo familiar. Pero ¿acaso no es lo que siempre había hecho? Sí, tocar encima del ritmo que le marcaba el corazón. Seguir ese sendero que,

como a un monje, lo había confinado a una vida apenas mal ganada, con destellos aquí y allá en algún festival en el sur de Brasil o aquella vez que grabó un disco que casi nadie compró.

Diez, veinte, cuarenta pasos.

10 Se detuvo. Era ahí, ese era el lugar de siempre. El que le había marcado la invitación aquella noche especial, meses atrás. Un descampado en medio de la nada. Logró divisar, apenas unos metros más adelante, el derruido mausoleo del viejo ruso medio loco y millonario, ese que, decían, había levantado en memoria de su mujer; o su hija, la leyenda urbana, que algunos decían que nunca existió, o que vivió siempre encerrada y se volvió loca o bruja o quién sabe qué.

No sabía por qué, pero sentía que esa noche había algo diferente a las otras veces. Quizá fuera el hecho de estar solo o algo, un zumbido apenas perceptible en el aire. Podría ser el sonido del foco distante, claro. Respiró hondo: *ese era el lugar. Pasara lo que pasara, no podía volver atrás.*

Dio los últimos pasos.

Frente al mausoleo, había una especie de angosta vereda, con un cordón de piedra que oficiaba de límite.

Colocó con cuidado el estuche de la guitarra en el suelo. Se inclinó y lo abrió. No podía verla bien, pero estiró su mano y la acarició.

Ella, la que siempre lo había acompañado. La que nunca lo traicionaba, ni dejaba solo. La que siempre estaba ahí en los peores y los mejores momentos: el amor de su vida.

Ella se merecía un mejor artista, alguien más capaz de sonsacarle sus más profundos secretos, de hacerla gritar de

placer, o llorar o aullar como una loba hambrienta. Alguien digno de su sonido, sus vibraciones.

Quizá por eso la cosa no funcionaba. Por tratar de que el don pasara a otro y no a él. Esta vez, si era cierto que se trataba de un llamado personal, exclusivamente suyo, quizá sucediera.

La tomó y se sentó en el cordón.

Pasó su pulgar por las cuerdas. La tercera estaba un poco, apenas, fuera de tono. Pensó afinarla, pero la dejó como estaba. Los viejos genios no usaban una afinación perfecta, maquinal. Tocó un acorde.

11

Volvió a respirar profundamente, ahuyentando las dudas: ese era su momento, su lugar, confluyendo como en un cruce de caminos, una encrucijada. Toda su vida, paso a paso, error tras error, frustración tras frustración, los pasos lo fueron llevando hacia allí. Ahora por fin había llegado. De nuevo, pero como debía ser: solo.

Buscó en su bolsillo y sacó el tubo de vidrio.

Se lo colocó en su dedo meñique y lo apoyó sobre las cuerdas, que zumbaron expectantes. Le pareció oír que el murmullo, la vibración eléctrica del aire aumentaba, como un enjambre de abejas que se acercaba volando sobre las tumbas.

Apretó los labios, respiró hondo una vez más y golpeó las cuerdas al tiempo que deslizó el tubo por el brazo.

La guitarra gimió. Giorgio cerró los ojos. Ya no había oscuridad, solo sonido, solo esa melodía que rebotaba en ecos en la pared del mausoleo.

Tenía que funcionar. Sí, tenía que funcionar.

Estaba seguro.

El zumbido.

Diez minutos, quince, media hora tocando, dejándose llevar más y más hacia la plenitud.

El zumbido aumentó. En medio de todo, apenas audible, Giorgio captó algo más.

Una sensación, el rumor de una voz que susurró su nombre. Una bocanada de aliento helado que le llegó como una ráfaga por detrás. Dejó de tocar. Abrió los ojos.

12

Algo se movió a sus espaldas.

No encontraba acomodo. Se daba vuelta para un lado, para el otro, se abrazaba a la almohada, se ponía de costado, boca abajo, boca arriba. Y nada. El sueño se le escapaba como si tratara de agarrar un pez bajo el agua.

No entendía por qué. Miró el reloj encima de la mesita de luz. Las agujas fluorescentes le mostraron que eran las cuatro y cuarto. Afuera el mundo dormía. Sí, afuera, porque lo que era ahí, en su cuarto, reinaba el insomnio.

Elisa volvió a colocarse boca arriba. Intentó respirar pausadamente. Inhalando y exhalando lentamente, cada vez más. Con los ojos cerrados se concentró en el medio de su frente. Como si pudiera verla desde adentro de su cabeza. Cada tanto lo hacía, lograba encontrar una especie de punto luminoso ahí. Bueno, no un punto luminoso sino varios, como aglomerados en un conjunto de puntitos de cobre. Porque eran así, de un brillo opaco.

Ahí estaban. Hizo fuerza por verlos con más nitidez. Los puntitos, la respiración, y esa sensación mezclada y confusa que le oprimía el pecho. Tenía ganas de llorar. ¿Ganas de llorar? No sabía por qué.

A la mierda puntitos. Una oleada de pensamientos rompió sus diques de concentración y se llevó todo por delante.

¿Ale, quizá? Habían estado juntos esa tardecita y había estado bueno. Es decir, más o menos bueno. Se había sentido bien como siempre que lo hacían, pero –también como sucedía últimamente– algo más estuvo ahí, presente, algo que no debería estar, una cosa que antes no estaba, pero que ahora lo sobrevolaba todo o reverberaba como un eco contra las paredes.

14 Le gustaba Ale y ya llevaban ¿cuánto? ¿tres meses? Sí, le gustaba. Pero no era que tuviera mucho con qué comparar. Luego de la ida de Ezequiel, su primer “amor” –puso comillas mentales a la palabra–, a la capital, había tenido un par de encuentros amorosos más o menos memorables. Uno bastante olvidable, con un compañero del liceo, en los médanos, y otro, intenso, desbordante, con Renzo, un muchacho que trabajaba en el súper, en un cuarto que él tenía al fondo de una casa cerca de la ruta.

Ese segundo encuentro la había asustado un poco. Como si hubiese descubierto un costado desbocado de ella misma. Algo que había surgido más allá de su control. Y eso le daba miedo: perder el control. Razón más que evidente para dejar de verlo, salvo cuando no tenía más remedio que ir al súper y estar ahí, sintiéndose rara mientras él cortaba ciento cincuenta gramos de paleta y le sonreía.

Con Ale la cosa era diferente. Al comienzo fue una relación medio chiquita, dulce, con ciertas dosis de ternura, que fue mutando hacia otras intensidades. Pero, y esa era quizá la nota discordante que percibía, al avanzar hacia

algo más desenfrenado, le habían pasado dos cosas. Por un lado, el regreso de esa parte de ella misma que, a veces, se desataba demasiado y la asustaba. Por otro, Ale se iba volviendo más... más... –buscó la palabra– egoísta. Sí, era eso. *Egoísta*, como si no se tratara de un intercambio, sino de algo a lo que él tenía pleno derecho y que ella tenía la obligación de dar.

También estaba lo otro, claro, esa cosa obsesiva que tenía Ale con la guitarra. Con encerrarse todos los días un par de horas a practicar y practicar. Eso no le parecía malo en sí, pero que luego hablara mucho acerca de tal o cual ejercicio o de la velocidad con que estaba logrando tocar era, por lo menos, aburrido.

Abrió los ojos y trató de concentrarse en su respiración. Las imágenes de la tarde, egoísmo o no, le habían subido el pulso. Trató de volver a no pensar. Cerró los ojos y apeló al truco que usaba a veces, que era repetirse mentalmente la palabra “cero”. El cero es la nada, el cero es el vacío de todo pensamiento. Pero pensar eso ya implicaba pensar, pensó y sonrió levemente ante esa especie de juego de palabras mentales.

No era solo eso lo que le quitaba el sueño. En todo caso lo de Ale era como una nube que se asomaba distante en el horizonte y que aún estaba demasiado lejana como para saber si traería lluvia.

No, había otra cosa ahí dando vueltas y no lograba darse cuenta qué era. Hacía ya algún tiempo que no tenía aquellas visiones, o destellos de cosas. Trató de no pensar en el hombre maligno que había encontrado un final horroroso

en el castillo imitación del ruso Iván J. Moyerikovski, allá en las afueras de Costa del Sol. Ni en Martínez, ni los osos de peluche, ni el peligro horrible que habían enfrentado aquella vez. Todo eso ya había quedado atado y guardado como en un paquete colocado al fondo de un ropero. Un paquete que no quería desatar porque ya había pasado algún tiempo y también porque todo eso siempre la conducía de vuelta a Ezequiel. No quería pensar en él. En los diálogos por celular, que luego se convirtieron en mensajitos cada vez más breves, hasta diluirse en la distancia igual que una voz a la que lentamente se le va bajando el volumen.

Pero ¿qué era? Lo sentía, pero no podía *verlo*. Era algo diferente. No como cuando se le abría su capacidad de médium –como dirían algunos–, o de loca desquiciada, según su amiga Delfina. Esas veces su *¿don?* le proyectaba imágenes mentales o peor, hacía surgir frente a ella visiones que eran como hologramas. Pero esta vez solo captaba señales con el cuerpo. Como si fuera una antena. Era algo visceral pero sin visiones. Ninguna imagen. Nada: la estática muda de un televisor cuando se corta la señal, mientras sigue sonando el audio.

El audio, sí, era igual a escuchar música, una música que transmite emociones.

Abrió los ojos. ¡Música! Era eso. Estaba segura. Volvió a concentrarse. Muy allá al fondo de todo, de su mente, de sus oídos, quién sabe, captó el sonido de una guitarra. Pequeño, como un grillo escondido a varios metros de distancia. Pero luego, respirando, concentrándose, enfocándose en el

sonido, lo percibió más claramente: una guitarra de cuerdas de acero, un sonido antiguo, con sabor a tierra.

–Giorgio –se dijo.

El profe, pensó sin saber por qué, ya que no le tocaba clase de bajo hasta el jueves.

De golpe, con un rayón sonoro como cuando alguien arranca el brazo de un viejo tocadiscos, la música se apagó. Elisa sintió una gran opresión en la nuca, en el pecho, un dolor agudo. Se agitó, pero trató de controlar la respiración. Seguro que no era nada. Volvió a tener ganas de llorar, pero se aguantó. No había nada allí. Nada, nada, cero, cero, aspirar, espirar, aspirar, espirar, nada, cero... Cero... Se concentró con todas sus fuerzas y logró ahuyentar eso que le atenazaba la garganta.

17

Se durmió, una lágrima se deslizó por su mejilla hasta caer en la almohada. Luego Elisa se fundió en un vacío oscuro y sin sueños.